

La extrañeza del nombre en la palabra

Sergio Rojas

“Nombrar no es señalar,
sino significar lo ausente”

Severo Sarduy

Habitualmente, en medio de las urgencias y propósitos cotidianos, no nos relacionamos con el lenguaje mismo, sino que éste, en su función instrumental, se hace transparente, como *medio* de comunicación subordinado al objetivo de señalar las cosas. Los objetos del mundo que habitamos se nos aparecen entonces como “ya nombrados”, y ahora yacen disponibles para ser convocados por sus rótulos a nuestros propósitos. Es precisamente esta especie de correspondencia *a priori* entre las cosas y los nombres lo que hace desaparecer el momento mismo del lenguaje, momento hoy perdido en el tiempo, en el que las cosas fueron “ingresando” en un mundo (en un horizonte de sentido) en el proceso de ir siendo nombradas. Momento ése del simultáneo origen de lengua y mundo, en que los nombres van naciendo con las cosas a las que nombran. ¿Podíamos ver acaso el río antes de la palabra que lo nombra? ¿Podíamos disponer de la palabra antes de haber visto eso que nombramos como río? ¿Qué fue de ese momento en el que vimos algo *por primera vez*? Pero el lenguaje en su eficiencia técnica se oculta a nuestra atención, y la disponibilidad de los objetos para ser convocados se identifica con la disponibilidad de la lengua que de esta manera ha devenido *idioma*, encriptable en un diccionario, en el horizonte de una planetaria traducibilidad de las palabras (en agosto de 2005, representantes del pueblo Mapuche enviaron una carta a Bill Gates, en protesta por el proyecto de Microsoft de realizar un programa operativo Windows en lengua mapudungun).

“Lengua Izquierda” de Bernardo Oyarzún reflexiona la alteridad contenida en la lengua. En efecto, el artista ha ido incorporando a su proyecto distintas lenguas nativas de América (hasta el momento: quechua, quichua otobaleño, aymara, guaraní, rapa nui, mapuche, bésiro chiquitano), como lenguas perdidas o atrofiadas, pero que a la vez permanecen como fantasmas en la “lengua diestra”, el idioma que se domina y con el cual se dominan las cosas entorno. Sin embargo, “Lengua Izquierda” es también una reflexión acerca de la reprimida extrañeza que radica en toda lengua, la extrañeza de su aparentemente dócil disponibilidad. Las lenguas nativas de América sirven aquí a una reflexión geopolítica de la lengua, pero también se inscriben en un proyecto que reflexiona un problema inherente a la condición moderna del arte: la relación entre el lenguaje y la realidad a la que el arte da lugar en los límites de la *representación*.

En toda lengua existe una “lengua izquierda”, contenida, disciplinada y olvidada. Pero no al modo como se olvida un vocabulario, no es la pérdida que podría ser reparada con un diccionario, tampoco con un curso de idioma, porque querer nombrar la experiencia del mundo nunca ha sido simplemente querer “aprender un idioma”.

Es lo que nos sorprende y fascina cuando ingresamos a la puesta en obra de “Lengua Izquierda” de Bernardo Oyarzún: el hecho de que asistimos –desde la infranqueable distancia de nuestro lugar de “espectadores y auditores”- a una especie de

identidad olvidada entre el nombre y la cosa, la cosa que no vemos. “¿Qué *cosa* dice?”, nos preguntamos. No se trata de atribuirle necesariamente un superlativo poder de nominación a una *lengua otra* (nostalgia moderna de una correspondencia perdida), sino de que la instalación de Oyarzún nos pone a reflexionar acerca de la alteridad que yace olvidada y silenciosa en los nombres que sirven a nuestra cotidiana orientación entre las cosas. Nombres que señalan –como la mano que indicahacia lo pre-dado-, pero que ya no nombran.

La etimología nativa de ciertas palabras nos remite desde su significado instrumental hacia un sentido. Entonces, de pronto, una palabra ya no señala, sino que *nombra*. Por ejemplo: Kurikó = Agua negra. Momento de lo intraducible, porque aunque la palabra “Curicó” etimológicamente pueda significar “agua negra”, habitualmente entre nosotros es el nombre de una ciudad en el Norte de Chile. Pero la instalación de Oyarzún nos remite, en este caso, al hecho de que la palabra *nombra* una experiencia visual. El recurso artístico a la etimología no pretende restituir un supuesto “significado verdadero” de los términos, sino más bien, al contrario, poner en obra la pérdida que contienen las palabras en su disponibilidad técnica.

La lengua es un código de *significación* del mundo, pero la lengua también *suena*; y cuando las palabras suenan, emerge en ellas no sólo el soporte material del significado, sino también *lo otro que el significado*. Se hace oír aquello que estaba antes de que el mundo fuese traído –convocado- por las palabras. El instante apenas audible de una voluntad de hablar, de decir las cosas desde la experiencia misma de las cosas. Es esa voluntad de nombrar la que un hablante expresa como *intensidad* en las palabras cuyo significado no comprendemos inmediatamente, voluntad que no dándose a entender, se deja oír en el hecho mismo del *sonido articulado*. Una especie de articulación pura, la pura voluntad del querer decir. Es lo que escuchamos ante todo en aquellas expresiones cuyo significado desconocemos. En “Lengua Izquierda” las expresiones se hacen sonar como palabras, descolgadas de las frases de las que podrían formar parte. Lo fundamental aquí es que la intensidad no viene dada por un mítico “contenido” inarticulado, sino, al contrario, por la articulación misma, que se hace oír.

En la Instalación de Oyarzún, la traducción que en cada caso transforma el cuerpo y el sonido de la palabra nativa en un “significado conocido”, nos remite sin embargo al momento de una extrañeza perdida y violentada. Olvido también de la violencia que subyace encriptada en un mundo allanado por la planetaria traducibilidad de los nombres que han devenido palabras en el diccionario. El sentido político de “Lengua Izquierda” consiste precisamente en proponer que en el origen de la lengua no encontramos el sonido inarticulado, el supuesto *pathos* pre-lingüístico provocado por presencia de las cosas mismas, sino siempre *un mundo ya nombrado en otra lengua*. Una lengua que, para el recién llegado que se aproxima a ella, comparece astillada en las *palabras que suenan*, antes de significar.